

# Daniel Ruiz García

# TODO ESTÁ BIEN

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

DANIEL RUIZ GARCÍA  
TODO ESTÁ BIEN

TUSQUETS  
EDITORES

1.ª edición: abril de 2015

© Daniel Ruiz García, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-076-8  
Depósito legal: B. 3.768-2015  
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.  
Impreso por Limpergraf, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Con el 47 por ciento del voto escrutado, cuando está casi confirmada la mayoría absoluta, y después de los abrazos, los besos y las explosiones de euforia, se sirve el primer gintónic. El sorbo inicial le sabe amargo, y con esa expresión congelada en el rostro le toca recibir al presi, que acaba de atravesar la espesura de brazos y jaleos que lo aclaman como presidente reelecto y que se acerca hacia él titubeante, con la cara enrojecida, desgredado, como si acabara de reptar por el interior del tubo de una chimenea.

—Ya lo tenemos, Ole. —El guantazo le sale brusco, pero el consejero lo encaja sin muecas. Todo está permitido esta noche. Por supuesto, también la desmesura.

El presi no quiere beber, al menos no de momento, así que el consejero busca otra compañía. La encuentra en Desi, que anda asomada a la ventana, viendo cómo el trasiego de viandantes se va coagulando, cómo la parroquia se va concentrando a las puertas de la sede del partido.

Tiene los ojos vidriosos, Desi, un poco enrojecidos por el oportuno y ceremonial llanto, también está be-

biendo y fuma, la mirada enfrentada al cristal de la ventana.

—Qué fuerte —comenta, y aunque no lo ve venir, ella intuye que es él—. Esta vez no lo tenía nada claro. Mucha gente se está jodiendo viva ahora —añade, y el ceño compone esa inconfundible mueca cruel que a Ole tanto le gusta.

Ole siente deseos de tomarla por la cintura, de apretarla fuerte contra la ventana y follarla de forma salvaje. Como anoche, sólo que ya sin incertidumbre, sin miedo, sabiendo que durante cuatro años más todo va a seguir bien.

—Nos vamos a ir a Punta Cana —dice él, acercando su rostro al de ella, arrojándole el aliento de gintónic sobre las pestañas—. Ni siquiera le diré nada a Olga. Solos tú y yo, Desi.

Del otro lado del salón les llega un grito. Más bien es un alarido. Acaban de anunciar los datos del recuento del 50 por ciento. El partido obtiene el 50,7 por ciento de los votos. Los de Muniesa se han quedado en un ridículo 36 por ciento. La opción de izquierdas también ha bajado bastante: hasta el 11 por ciento. El resto de la tarta se compone de opciones que raramente van a tener derecho a escaño.

Del bulto de militantes de donde ha procedido el grito sale disparado hacia arriba el presi. Lo están manteniendo. Todo está permitido esta noche, y aunque el presi es de natural expansivo, al menos de momento prefiere conservar el recato. Por eso pide que lo dejen, vamos, venga, pero ahí está el vice, y el director de

comunicación, y su propio hijo, todos ellos gritándole torero, torero.

El tintineo de los hielos evidencia el fin del gintónic en el vaso de Olegario.

—Voy a servirme otra —avisa.

Al final, sí, mayoría absoluta, aunque no tan abultada como preveían los escrutinios iniciales. La oposición ha escalado hasta un 41 por ciento de los votos, con lo que la tarta se ajusta. Evidentemente, quien más se resiente es el partido de izquierdas: estas elecciones son históricas para ellos, pero por el desastroso resultado. Nadie esperaba esto. Mucho menos en las circunstancias actuales, con una masa insólita de desempleo, con el caso Brillante chorreando su viscosidad cada mañana en las tertulias de radio y en los rotativos, y con un presi que en las últimas encuestas —eran de anteayer, están frescas todavía— se situaba con una valoración por debajo del tres. Por eso ahora sí se entiende que se haya desatado del todo, por eso ahora se comprende que, después de salir al balcón y agradecer contenido el apoyo de los ciudadanos, después de la obligada pantomima de besos recatados a su mujer y gestos de humildad, el presi vuelva adentro y grite como una mala bestia y se desprenda de la corbata y la arroje al suelo como un grillete recién liberado y diga venga, dónde está esa copa, que me muero de sed. Es electricidad, recorre el ambiente crean-

do una sensación general de masa ingrávida, de nube de algodón que los mantiene a todos en vilo, impermeables a los arañazos, inasequibles al daño. Lo han conseguido, lo hemos conseguido, joder, eso significa mucho, ¿no?

—Significa que no lo estamos haciendo mal. —Es Ole, Olegario García Redondo, consejero de Fomento y Vivienda durante las últimas dos legislaturas, ingeniero de Canales y Puertos, casado y con dos hijos, y ahora de camino irreversible hacia la borrachera. Está hablando con el presi, se miran cara a cara, como dos viejos amigos, como dos soldados que han superado juntos muchas batallas, y aquí siguen, el uno junto al otro, en este gran proyecto que es construir un mañana mejor y con mayor calidad de vida para todos, aunque las cosas no han venido bien dadas, los últimos años se les han atravesado de mala forma.

—Hay que hacer muchos cambios, Ole, vicios y malas praxis, relajaciones que no podemos volver a tolerar. —El presi da un contundente buche a su vaso de Jameson; no soporta otro whisky—. Nos han votado, pero también nos han dicho cosas. El ascenso de Muniesa es una señal.

El presi no es de nadie hoy. El presi pertenece a todos, es un símbolo construido de sudor, nervios y sentimientos efervescentes, entrechocando entre sí como petardos en una traca de verbena. El presi es una chapa que va saltando de solapa en solapa, un cartel que se pega y se despega y se pega y se vuelve a despegar, manoseado por gente que quiere tenerlo

un poco para sí, que quiere al menos palparlo o hacerse una foto o buscar el momento más propicio para dejar caer sus sugerencias, para venderse de forma que su oferta no se diluya entre tanta masa enfervorecida, entre tanto estímulo.

No es buen momento para Ole. Con el quinto gintónico, por fin dejan de pinchar la deleznable sintonía de los mítines, que le cansa tanto como su bata de andar por casa, y cambian de música. No es momento de que Ole lance la caña porque hay demasiada morralla, demasiado pescado que come plancton de la superficie, y que mantiene al atún a buen resguardo del anzuelo.

Desiré está al fondo, entre la arquitectura endeble de brazos levantados, sonrisas y humo de tabaco la distingue, bailando junto a un par de amigas. Hay que dejarla, hoy no es la noche de los dos, hoy es una alegría comunal y en el fondo, al mismo tiempo, íntima. La noche en que el puñetero y renqueante autobús llega al andén, los vinilos impolutos del cambio y la renovación luciendo flamantes sobre la carrocería, por dentro todo sucio y ajado como los pulmones de un viejo.

A partir del quinto gintónico, Olegario pierde la cuenta.

Han cerrado la discoteca Pachá sólo para ellos. Todo muy discreto, sin ruido ni alharacas: la fiesta concluirá cuando los vencedores determinen. Desi se ha marchado ya hacia allá, Olegario ni siquiera la ha visto, o sí, pero no lo recuerda, ya es bastante que sepa dónde está, ya es mucho que pueda palpase y certificar que sigue de pie. Olga, su mujer, no lo acompaña hoy, en general no lo acompaña casi nunca, la excusa de que Nachito anda malo con fiebre desde hace varios días no es justificación porque ahí está Adela, la asistenta, que podría perfectamente haberse quedado con él. Sin embargo el desencanto, la abulia, la indiferencia se ha instalado entre ellos ocupando el asiento más holgado. Ella participa en las ceremonias del partido, a fin de cuentas su padre es un histórico, en realidad Ole se lo debe todo a esta filiación familiar, y, por lo general, Olga se siente cómoda en esos formatos, se la respeta, se la admira, es hija de Miguel Vidal, todo un icono de la Transición y uno de los valores intangibles del partido. Apelar a Vidal es saber que se está tocando mármol, se exige respeto para invocar ese nombre. Y ella siempre fue la pequeña

Vidal, aquella que correteaba por el salón durante las reuniones políticas en el hogar familiar, aquella que recibía piropos cuando irrumpía en las conversaciones del despacho de su padre. Pero ya conoce ese tipo de celebraciones, conoce adónde van a morir los caminos de la euforia, ha vivido muchas noches como esta, sabe que Ole se manejará bien solo, prefiere seguir la victoria por la tele y entretanto hablar un poco por whatsapp con alguna de sus amigas, o bien con su monitor de gimnasio, con Jimmy, matar el aburrimiento con alusiones coquetas a lo que lleva puesto, preguntarle si se acuerda de ella, pequeños recreos con los que combatir el tedio de una jornada, la electoral, que en los últimos tiempos ha vivido con una sensación de extrañeza, que desde que falleció su padre, ahora hará once años, afronta como una especie de día de Difuntos. Ole no espera ningún whatsapp de ella, y aunque lo esperara, a duras penas podría atender el móvil, ha perdido la cuenta de los gintónicos y ahora intenta mantener la verticalidad en la letrina mientras orina. Cada vez queda menos gente en la sede, se han ido marchando con sus coches a la Pachá, pero aún se mantiene la música y el servicio de catering y Ole permanece instalado en su propia nube ingrávida, percibe que su superficie se va volviendo inconsistente, palpa y encuentra agujeros, boquetes, como si alguien estuviera llevando a cabo trabajos de prospección, como si la nube se estuviera transformando en un colador.

El director de comunicación está en uno de los

váteres, habla con alguien, Olegario escucha números, porcentajes, cifras, le resulta difícil seguir el hilo, aunque Ernesto tiene la voz fuerte y sufre de incontinencia verbal. A duras penas se escurre la entrepierna y se dirige a la puerta tras la que se escuchan las voces. Tras golpear la madera, el director de comunicación abre. Lo hace sin dejar de hablar con su interlocutor. A Olegario le suena pero no lo conoce, podría ser secretario de alguna delegación provincial.

—Los autónomos. Creo que han sido vitales. Creo que han sido esenciales. El mensaje de reducción fiscal ha calado. Hemos sabido venderlo bien. Hemos sabido comunicarlo. Los autónomos.

No hace falta que Olegario pida nada. Ernesto sabe que debe preparar también un par de ellas para él.